

CAPÍTULO XXIII

Días más tarde les mostraron un entusiasta artículo en el suplemento cultural de la semana, ocupaba varias páginas se ensalzaba a los participantes nombrando a los jóvenes españoles que con una sólida formación científica poseían además una singular formación literaria y artística, perfecta simbiosis, ponía el artículo, del conocimiento que antaño tenían los grandes hombres. Simbiosis cultural que creía desaparecida y que para su rescoldo permanecía como un rescoldo, rescoldo que esperaba que prendiese la antorcha que tanta falta hace en una sociedad carente de preocupación por la auténtica cultura.

En las tertulias de los cafés durante días se hablaba de este artículo con satisfacción ocupando la mayor parte del tiempo, los temas en él tratados.

El periodista había tenido razón al escribir que esos rescoldos habían producido una llama que iluminaba a los tertulios culturales de la ciudad, aunque su luz no durase más que unos pocos días.

El director del hotel los reconoció y los trataba como personajes importantes, orgulloso de que estuviesen alojados en su hotel.

Alba leyó el extenso artículo a sus compañeros, comentando al finalizar la lectura.

– Da igual que sean españoles, portugueses o franceses, en todas partes los perros ladran igual.

Decidieron dejar de frecuentar la compañía de los culturales y planear, con los conocimientos que de la ciudad tenían, por sí solos, permaneciendo con frecuencia tardes enteras en algunas terrazas del barrio alto y de otras plazas no turísticas de Lisboa.

Una tarde después de comer practicaban yoga español, que no es otra actividad que la siesta. David que por ser de otra nacionalidad y de ascendencia y genética no íbera ni céltica, despertó con un ligero dolor de cabeza, deseaba permanecer acostado por pereza más que por otra causa alguna.

Los demás permanecían en sus habitaciones y Alba salió del hotel a comprar aspirinas en una farmacia y unos pastelillos con que sorprenderlos cuando se despertasen.

En una de las calles no muy frecuentadas a esa hora primera de la tarde, caminaba un hombre delante de ella pulcramente vestido con traje conveniente con la estación. Alto de estatura y de complexión más bien normal, su cabeza cubierta con un elegante sombrero que combinaba con el traje. Alba venía observándolo y pensó, he ahí alguien que se viste con ropa a medida, hecha por un buen sastre. El hombre caminaba con elegancia, despacio a pasos más bien cortos con el torso y la cabeza erguida. Un caballero de los que cuidan las formas, maneras y modales, con naturalidad, sin rasgo alguno de afectación, seguía pensando. Algo extraño pareció ver de pronto en su caminar que se volvió torpe y tambaleante, el hombre extendió un brazo buscando el apoyo en la pared de una casa. Alba aceleró el paso, el hombre apoyó la espalda contra la pared flexionando ligeramente las piernas. Cuando llegó junto a él y le preguntaba si no se encontraba bien, el hombre se deslizaba sin conocimiento hacia el suelo sujetado oportunamente por los brazos de Alba impidiendo que se golpease bruscamente y diese con la cabeza contra el pavimento.

Comprobó que no tenía la boca torcida, no teniendo convulsiones ni espuma en los labios, tomó el pulso que lo encontró a la primera y los latidos le parecieron regulares, descartó por todos estos síntomas un ataque epiléptico, un derrame cerebral, incluso un infarto, la manera de como lo había visto comportarse no se correspondía con ninguna de las enfermedades

descritas, no obstante, comenzó a masajearle y frotarle el pecho con movimientos circulares. Lentamente el hombre recobró la consciencia y abrió los ojos, desconcertado tenía ante sí a Alba que enérgicamente le masajeaba ahora también los brazos.

– ¿Qué me ha pasado? Preguntó al verse tendido sobre la acera y atendido por una joven desconocida.

– Probablemente un desmayo, una bajada de tensión. Algo que en principio no tiene importancia, pero que debe usted dirigirse al médico para que sea él quien busque las causas.

– El hombre sonrió, teniéndola a usted cerca para que se necesitan médicos ni diagnósticos. Añadió, ya visiblemente repuesto, tendré que repetir este espectáculo con más frecuencia, ayúdeme a incorporarme, por favor.

La palidez de su rostro huía ante el color natural que toda persona sana que recupera su salud.

Alba se fijó en su rostro y calculó que no pasaría de los setenta años, pocas arrugas y buena apariencia física.

– Lo acompaño al hospital o a un médico, le dijo servicial.

Volvió a sonreír diciendo, ni a una cosa ni a otra.

– Por su acento veo que es usted española y por la buena imitación del portugués diría que, de Galicia, no creo que me equivoque. Afirmó el hombre mientras se colocaba el sombrero que había rodado por el suelo momentos antes. ¿Se encuentra en Lisboa de paso con la familia o reside usted en la ciudad?, preguntó interesado.

– De vacaciones con unos amigos. Respondió ella amablemente.

– ¡Magnífico! Exclamó él, esperó unos instantes como si estuviese pensando algo, no serán ustedes ese grupo de españoles del que tanto se habla en estos días en los círculos culturales. Preguntó repentinamente.

– Alba se vio en la obligación de reconocerlo, sí, esos mismos somos, pero como usted bien sabrá, lo novedoso ha sido siempre motivo para dar que hablar.

– Y para alterar el gallinero. Le apostilló él.

Alba al oír su respuesta no pudo menos que reírse abiertamente.

– Me rejuvenece ver reír a la gente joven, les invito a comer mañana y para pasar unos días en mi quinta, les ruego que no me den un no por respuesta aun proviniendo la invitación de un desconocido agradecido, para dejar de serlo me presento, João Magalhães Martins. Extrajo de su cartera una tarjeta y se la entregó. ¿Cuántos son ustedes?

– Cinco somos los componentes de la troupe.

Alargó su mano para despedirse de Alba, ella alargó la suya, hizo él un reverencial gesto de besarle la mano inclinando la cabeza.

Antes de separarse Alba tuvo un pensamiento fugaz, ante tal persona y gesto ceremonial tal vez haya que presentarse vestidos de manera especial y ese pensamiento lo exteriorizó.

– ¿Debemos asistir vestidos de forma especial?

– Por Dios, respondió con entusiasmo, van a estar ustedes en su casa, vístanse como más favorecidos y cómodos se encuentren, los jóvenes vistan como se vistan poseen la

belleza de la juventud, virtud pasajera, pero virtud, al fin y al cabo. Además, podrán realizar paseos por el campo e incluso bañarse si lo desean, traigan trajes de baño, del resto del atrezo hay en la casa.

En la primera pastelería que encontró adquirió los pastelillos encaminándose al hotel con ganas de contar lo sucedido y habiendo olvidado comprar las aspirinas.

La quinta de João Magallães Martins se encontraba en las cercanías de Sintra, vivía en un vetusto palacete, bien cuidado su exterior, y modernizado su interior, aunque conservando su espíritu original de raigambre familiar. Cuadros representando algunos familiares se disponían por los pasillos y escaleras, sin embargo, en el salón y habitaciones cuadros, que no representaban a familiares, decoraban las paredes. Una excelente biblioteca con una gran mesa de madera maciza iluminada con una acogedora luz que provenía de unas hermosas lámparas que colgaban del techo, varios sofás de cuero marrón un tanto gastados por su uso, las ventanas decoradas con cristales policromados, proporcionaban a la estancia un ambiente acogedor que incitaba al estudio serio y reposado.

A media mañana del día siguiente entraron en la finca que no tuvieron dificultad alguna en localizar con los modernos teléfonos que todo lo saben. Varios centenares de metros se deslizó el coche entre la sombra de los árboles que enmarcaban la pista de tierra que mezclada con grava bien aprisionada formaba un pavimento firme. El palacete tenía una bonita escalera exterior con dos amplias entradas a ambos lados que se juntaban en su parte alta formando una terraza-mirador que daba acceso al primer piso, entrada principal de la vivienda, en el segundo piso se encontraban las habitaciones principales y en la zona abuhardillada las habitaciones del servicio de otro tiempo y en la actualidad inexistente, excepto de una asistente ama de llaves, cocinera y criada al mismo tiempo. Les fue presentada, como la señora Arauxo, ella respondió con una alegre sonrisa, diciendo, Ana, llámenme, Ana, por favor. Lejos de contrariarse porque tendría trabajo extra, se alegraba sinceramente notándosele en sus gestos y expresión del rostro, queriendo decir con todo ello, animación con los invitados, alegría en esta casa de vejestorios. Les fue presentado también un amigo de João que vivía con ellos en el palacete.

Alba se dio cuenta y supo que Ana era quien gobernaba y disponía del palacete, era la parte práctica, el motor que ponía en movimiento la parte interna y oculta de una vivienda.

De procedencia humilde entró a trabajar de muy jovencita, casi una niña de limpiadora en la fábrica de fundición metalúrgica de la familia. João que orientado por su padre pasaría a ocupar el puesto de propietario y director, viéndola frágil, pero observando al mismo tiempo un ánimo y una disposición en ella fuera de lo común, le propuso trabajar en la casa con un trabajo más llevadero y con el sueldo aumentado. Los tiempos fueron cambiando, la activa vida social de la familia fue cambiando con él, los padres de João fallecieron los de Ana también, los componentes del servicio de edad proveya, la mayor parte se retiraron a su pueblo, con una buena gratificación económica suplementaria por los servicios prestados y por el agradecimiento contraído por João pues habían participado en su vida tanto como sus padres.

Una vez al año mientras vivían, los visitaba en sus pueblos entregándoles regalos que desde niño sabía que les gustaban. Otras veces si sentía añoranza o se acordaba de ellos los visitaba sin otro motivo que apagar o revivir algún recuerdo infantil, siempre llevaba algún obsequio. Jamás dejó de asistir a sus funerales.

Recordaba con especial afecto a un jardinero que pacientemente le enseñó a subirse a la bicicleta, durante días corría tras él incansable, sujetándolo por el sillín, hizo que

perdiese ese miedo que su madre le había instaurado con sus cuidados y protección excesivas. Le enseñó la técnica de subirse a los árboles, de cómo cazar pájaros y reptiles para después liberarlos de nuevo, siempre que podía escaparse de la casa, estaba en su compañía absorbiendo el conocimiento de cosas prácticas que la gente del pueblo posee. Aprendió bajo su dirección el nombre de plantas y flores del jardín y de otras muchas del campo, enseñándole las propiedades curativas que algunas de ellas tenían. Pocas veces fumaba y cuando lo hacía liaba pausadamente en silencio un cigarrillo, es una planta con propiedades curiosas, le dijo, únicamente debe fumarse cuando se es mayor y si se necesita, sino se hace así la planta no te quiere.

El humo de ese cigarro dejaba un olor especial, denso que tardaba en irse, a João le gustaba ese olor. No todas las personas pueden fumar de esta planta, aunque muchas personas la fuman, únicamente unas pocas de ellas deberían hacerlo, recuérdalo cuando seas mayor. Le dijo un día cuando al finalizar su trabajo se puso al atardecer sentado sobre un tronco a fumar.

Sus lazos se estrecharon definitivamente cuando en una ocasión el azar hizo que João lo sorprendiera dentro de la casa robando unas joyas y algo de dinero. El jardinero quedó petrificado ante la mirada decepcionante del niño, sintió tanta vergüenza ante ese pequeño que habría preferido que fuesen sus padres y no él, quienes lo hubiesen encontrado robando.

João que no tenía más de ocho años, con grandes lagrimas rodando por sus mejillas le dijo, – se van a enterar, vendrán los guardias, te llevarán con ellos y ya no podremos hacer cosas juntos nunca más, si necesitas dinero tengo monedas en una caja.

– Prometes no decir nada de lo sucedido, preguntó el jardinero.

– No diré nada a nadie, respondió el chiquillo.

El jardinero extrajo lo robado de sus bolsillos y lo repuso en su lugar, luego se dirigió hacia la ventana que permanecía abierta, de repente se giró y dijo a João, acompáñame hasta la puerta, entré como un delincuente y salgo como una persona honrada.

João recordaba a menudo el día que jugando con unos niños se había quedado aislado en medio del río al subir repentinamente las aguas por una riada, las aguas bajaban rápidas arrastrando todo lo que encontraban a su paso, los niños dieron aviso a la casa. El jardinero corrió al lugar cargado de cuerdas, las unió y se la ató a la cintura, su cinturón lo colocó de banderola, entregó el otro extremo de la cuerda a dos hombres, diciéndoles que cuando tuviese al chico en sus brazos que no parasen de tirar ni un solo momento. Se dirigió río arriba con los dos hombres y saltó al agua que por el barro había adquirido tintes marrones, mientras tanto los dos hombres con la cuerda sujeta por un extremo desde la orilla corrían siguiendo la veloz marcha del jardinero, viendo como su cuerpo desaparecía entre las olas para volver a salir poco después. La gente de la casa iba llegando y observaba angustiada la escena, el niño era consciente del peligro, el agua cubría el pequeño montículo de tierra, se había subido a una pequeña roca, las olas mojaban sus piernas y la espuma golpeaba su cuerpo, sin embargo, mantenía la calma, confiaba en el jardinero, le había gritado desde la orilla que iba a por él, que no se preocupase.

La preocupación inmediata del jardinero consistía en cómo se las arreglaría para conseguir que el impacto con la roca no lo dejase inconsciente, un pequeño árbol se deslizaba rápidamente a su lado, agarró una de sus ramas y lo dirigió, con todas las fuerzas de que era capaz, hacia el afloramiento rocoso. El impacto fue en gran parte amortiguado y la velocidad ralentizada, cosas ambas que aprovechó para sujetarse a la peña, coger al chico pasarlo por debajo del cinturón y arrojarlo al agua de nuevo, mientras desde la orilla

tiraban con fuerza, no solamente los dos hombres sino también varios otros de los que habían acudido. Arrastrados hacia la orilla y a salvo de la peligrosa riada, costó trabajo desprender al chiquillo de los brazos del jardinero que semiinconsciente lo tenía aferrado a su cuerpo como una serpiente aferra a sus presas.

Su padre quiso gratificar generosamente el heroico comportamiento, el jardinero le respondió que se lo agradecía, pero no lo aceptaba, que había cosas que no se hacen por dinero. El padre asintió, le dio la mano mientras le decía, siempre estaré en deuda.

Hay cosas que no se hacen por dinero, esta frase pasó a ser el lema de la familia cuando se trataban temas importantes o cuando se trataban preocupaciones humanas, su padre las había hecho escribir en grandes letras góticas en la sala biblioteca y que posteriormente João grabó con letras del mismo estilo en la puerta del laboratorio de alquimia.

La quinta se encontraba a las afueras de Sintra, de tradición familiar de comerciantes e industriales, la casa mostraba toda ella riqueza y el esplendor económico de tiempos pasados, aunque en la actualidad no se estilaba ese modo de vida, su propietario seguía poseyendo una considerable fortuna, tanto en plantaciones de viñedos en tierras Alentejanas como en locales comerciales en Lisboa. Desde joven se dedicó al negocio familiar ocupando el puesto de director de la fundición, además de supervisar el resto del patrimonio, dedicaba el tiempo restante a la práctica de la alquimia. Esta es otra dedicación que fue en él ganando ascendiente, viajó a Francia asiduamente relacionándose con alquimistas que le instruyeron y al comprobar que no era poder lo que buscaba, compartieron con él su conocimiento, algunos de ellos secretos y desconocidos para la mayor parte de los adeptos.

Frecuentó alquimistas en el próximo Oriente manteniendo en el actual Irak, antigua región de los Caldeos, relaciones con personas cuyos conocimientos alquímicos habían alcanzado grados superiores.

El gabinete alquímico estaba situado en la planta baja, donde se encontraba las antiguas cocheras del edificio, anaqueles, estanterías llenas de los diversos utensilios del oficio acumulados durante años, cubrían las paredes intercaladas por los huecos de las ventanas que proporcionaban luz y aire del exterior, en ellos había aparatos modernos pero también los había muy antiguos como retortas, calentadores, alambiques de cobre y vidrio de tamaño desigual, hornillos, chimenea en la que se prendía carbón, mineral o vegetal, según fuese necesario la esencia de su calor, como también se quemaba roble, pino, alcornoque, troncos, ramas o raíces según fuese la esencia que su calor necesitase.

A la hora de comer João los condujo a un comedor con hermosa decoración de estilo modernista que dejó encantada a Alba, el modernismo y el art decó eran estilos eminentemente de la burguesía adinerada. El dinero en la sociedad capitalista, ella lo mencionaba a menudo, lo mueve y lo promueve todo desde los actos más bajos y aberrantes, hasta las más delicadas creaciones artísticas. También se preguntaba, ¿qué se haría en una sociedad que no tuviese por columna vertebral o por cimiento ideológico el dinero? Esa respuesta es totalmente desconocida, todo lo que pueda decirse no serían más que suposiciones sin base alguna.

Si el lugar era solemne, el ambiente que se generó en la mesa era distendido, las viandas preparadas eran sencillas pero sabrosas, bebían un excelente vino alentejano de los viñedos de la casa y fresca agua de manantial propio. El postre fue repetido golosamente por todo el grupo de jóvenes, y Ana reflejaba su satisfacción en el rostro cuando les servía por segunda vez.

– Necesitan comer, que tienen mucha vida por delante que recorrer. Les decía sonriendo.

Unánimemente la felicitaron por la estupenda comida, recibía los halagos con rubor y agrado, todavía más al venir de gente joven que proporcionaba alegría al palacete. Años atrás Ana le decía a João medio en serio medio en broma, a esta casa le falta alegría, se está muriendo de pena y nosotros con ella, es necesario traer gente joven. João le respondía, tú eres joven, tu presencia alegra toda la casa. Ana se alejaba pensando ¿y a mi quien me alegra?, está bien que alegre una casa, pero yo también cuento.

João buscó una persona que realizase multitareas, que cuidase el jardín, que reparase pequeñas averías, en fin, que fuese el encargado del mantenimiento de la casa, que tuviese una edad que rondase la de Ana, y que fuese bien parecido. Al año había encontrado la persona idónea, que fue del gusto y agrado de Ana, que además del mantenimiento de la casa, le hacía el mantenimiento a ella.

Durante la sobremesa, ante un buen café portugués elaborado al estilo tradicional, comentaron la estancia por Lisboa y sus experiencias por la cosmopolita capital. En la actualidad Lisboa ya no es lo que era, ahora es un destino turístico, la parte más bonita de ella se ha convertido en una gran tienda de souvenirs. El progreso técnico con su capacidad de traslado de miles de personas y el progreso económico que algunos tontos llaman milagro económico, son los causantes del cambio exterior e interior de las ciudades, comentó João.

El amigo de João había permanecido en silencio gran parte de la comida hablando muy poco, pero escuchando atentamente todo lo que se decía, intervino rogando a Ana que abandonase lo que estaba haciendo y que los acompañase a la mesa.

Le respondió que en unos instantes terminaría la faena de la cocina y que no deseaba otra cosa que estar en su compañía.

Dirigiéndose a ellos dijo.

– Además de lo dicho por João, las ciudades han estado sometidas a un crecimiento desproporcionado sin sentido alguno, lo que han llamado planificación urbanística, no ha sido más que una aplicación práctica de urgencia. A lo sumo puedo conceder que han realizado una planificación urbanística pensada exclusivamente con criterios técnicos de funcionalidad arquitectónica y no con criterios basados en las necesidades e inquietudes humanas actuales y futuras. Las ciudades europeas desde la segunda guerra mundial han tenido, mejor dicho, han padecido esta irracional expansión que todavía se encuentra en auge.

Ana se sentó a la mesa sirviéndose una taza de café.

El físico dijo.

– Tal vez haya contribuido el que muchas ciudades hayan sido destruidas por los bombardeos, de las bombas arrojadas sobre ellas, la mayor parte de las veces no tenían objetivos militares como serían las fábricas de armamento o de suministros bélicos.

– Cierto es lo que dices, le respondió pausadamente, pero debe tenerse en cuenta que muchas factorías y fábricas se encontraban demasiado cercanas a las poblaciones, algunas hasta se encontraban rodeadas de numerosos edificios, habían sido engullidas por la población al pasar de simples pueblos a pequeñas ciudades. Estas pequeñas ciudades tenían el encanto de un crecimiento lento y humanamente controlado y no el crecimiento vertiginoso causado por la apremiante necesidad. El bombardeo de estas fábricas por

cercanía destruyó localidades enteras, unas veces como objetivo en sí, otras por error y otras, esto debe reconocerse, aunque no sea reconocido por ciertos estamentos, no había en muchas localidades bombardeadas interés militar alguno, como no fuese el de exterminio de la población y el minar su moral patriótica y el apoyo a sus gobernantes. Interpretese como se interprete, ha sido una locura humana más que debe añadirse al acervo cultural de nuestra civilización. Lo que siguió después, retomando la conversación iniciada por João, ha sido la continuación de la destructiva locura bélica, una locura constructiva económica que ha enriquecido todavía más a los que ya lo eran, aumentando el nivel de vida de la población por medio del consumo material y perpetuando la atrofia del nivel de vida mental. El desarrollo de las ciudades con una especulación del terreno urbano sin precedentes y sin contemplar al hombre como medida de ese desarrollo ha sido realizado por técnicos en las diversas áreas que acabarían formando parte de los gobiernos. Lo que se da en llamar tecnocracia, profesionales e intelectuales todos ellos de medio pelo, que han destacado únicamente por su participación en la dirección política o situados en destacados puestos de responsabilidad académica que les venían demasiado grandes para su capacidad y formación intelectual.

– Eso mismo ha ocurrido siempre, una y otra vez se ha repetido desde que han existido gobernantes. Respondió el físico.

João tomó la palabra.

– Sí que ha sucedido, pero no en la escala que se ha visto y en las proporciones en que está sucediendo. La actitud crítica ha desaparecido como han desaparecido las mentes críticas, asentándose en su lugar la mente adormecida y la actitud temerosa a desequilibrar la balanza del estatus quo. No obstante, al referirme a que Lisboa ya no es la Lisboa que era, puede extenderse a todas las ciudades. La uniformidad, la repetición monótona de la arquitectura ha instaurado la fealdad como gusto imperante, repercutiendo esta fealdad en el comportamiento de sus habitantes que como autómatas se relacionan con programada asepsia emocional.

David dirigiéndose a Ana le dijo, en voz más bien baja, si podía servirse un poco de café de la cafetera todavía humeante.

– Por favor, dijo ella, y sin que le diese tiempo a responder ya había cogido la cafetera para llenarle la taza.

– Sin embargo, intervino Belén, una ciudad pequeña, no deja de albergar y de generar lo que se llama un ambiente provinciano y de crear en sí misma una provinciana mentalidad. Esta mentalidad es pacata e insoportablemente pedante, cosas que se diluyen en una ciudad grande o en una ciudad cosmopolita. Casi me atrevería a decir que una pequeña ciudad es la extensión de un pueblo, al igual que el pueblo es la extensión de la aldea. Puede argüirse que la gran ciudad como consecuencia del razonamiento anterior es una continuidad de la ciudad pequeña, pero en este caso se trunca la continuidad quedándose en los arrabales sin llegar a pertenecer a la dinámica vida de influencia vital que la ciudad tiene.

El amigo de João escuchaba atentamente, sus ojos tenían una mirada lejana atravesando el tiempo como si estuviese viviendo cada una de las palabras descritas

Alba intervino.

– Debe añadirse que la ciudad grande sobre todo si es capital o centro administrativo, tiene una proyección política y cultural que irradiará hacia el resto del país. Al igual que algunas ciudades europeas irradian sus modas culturales y su política al resto de las

ciudades del continente. Incluso se habla de hecho, de la capital de la moda, la capital económica, la capital del diseño, de la cultura o de la música. Esta es la influencia vital a la que se refería Belén. La ciudad grande es exigente para quien en ella vive, exige un comportamiento activo un continuo movimiento, de no hacerlo la ciudad expulsa con su centrífuga dinámica, sino se participa en lo que la ciudad ofrece mejor que se viva en el campo. Dicho sea de paso, el campo en lugar de humanizar vegetaliza. Temió que estas últimas palabras pudiesen ofender a los anfitriones, pero sabía que tenía ante ella a personas de indiscutible calidad intelectual.

João volvió a intervenir.

– Para esas personas que no participan en esa extraordinaria vitalidad que la ciudad tiene, que han venido del campo, de pueblos y de ciudades pequeñas, se encuentran los arrabales y barrios, dentro de ellos vuelven a hacerse diferencias como las anteriormente mencionadas. Debemos tener presente en todo momento que estas diferencias están hechas sobre un patrón común que no es otro que los recursos económicos disponibles. Debemos a su vez tener presente que la ciudad grande en su expansión fagocita a pueblos cercanos convirtiéndolos en barrios y arrabales incluso los que se habían especializado en una actividad de dudosa moral nocturna, por utilizar terminología suave, fueron absorbidos y por su situación estos lugares han multiplicado su valor inmobiliario, produciéndose el fenómeno urbano que los técnicos de masas llaman entronización. Parejo a todo esto, pueblos vecinos se desarrollaron a su vez convertidos en ciudades habitación con todos los servicios de la sociedad consumista.

– Todo ese desarrollo no deja de ser un continuo evolutivo histórico del desarrollo industrial, expresó Alba. El amigo de João esbozo una sardónica sonrisa, Alba percatándose de ella añadió inmediatamente, me disculpo por haberme expresado con esa solemne pedantería, las palabras me salían de la boca como una ristra de longanizas.

Las últimas palabras provocaron risotadas, el serio amigo de João varió su sardónica sonrisa a condescendiente, animándola a seguir hablando.

Alba de repente se sintió cohibida, durante unos fugaces instantes contempló los ojos del amigo de João y supo que ese hombre enigmático hablaba de primera mano, ella hablaba por conocimiento que otros le habían transmitido en libros, él lo hacía por la experiencia propia. Sintió Alba en todo su cuerpo un estremecimiento que le recorrió de los pies a la cabeza y que la dejó ligeramente aturdida, pero mantuvo la lucidez suficiente para poder decirse a sí misma, aunque sea un pensamiento irracional, este hombre conoce el pasado por sí mismo.

– No estoy en condiciones de seguir hablando, dijo finalmente a modo de disculpa.

El amigo de João la animó que bebiese un poco de café, añadiendo, la repondrá inmediatamente, la sensación desagradable que en estos momentos tiene no debe preocuparle, desaparecerá en unos minutos.

Marta tomó la palabra.

– Lo que sí es cierto, al margen o apoyando lo dicho hasta estos momentos, es que la vida activa que las grandes ciudades ofrecen está únicamente orientada para una exclusiva minoría, bien sea política, cultural o administrativa, todas las demás personas quedan excluidas de este pequeño coto reserva de caza para oleadas de ambiciosos llegados de ciudades menores o indígenas de la propia ciudad. Toda esta actividad no podría producirse sin la existencia de esa mayoría que participa oscuramente a cambio de un

salario que le permite beneficiarse de la sociedad del bienestar, devorando televisivamente u ordenadoramente espectáculos de masas.

– La economía se encuentra en los cimientos de todo lo hablado, sin esa perspectiva nada se habría producido. Dijo David.

– Carlos Marx tiene razón, en su teoría económica, por muy pocos comprendida y por casi nadie leída. De todas maneras, toda esta vida de la gran ciudad no deja de ser una estupenda parafernalia de matar el tiempo, porque el tedio es lo que el ser humano menos soporta, la distracción es su meta y objetivo, su insatisfacción la causante incitación de este imparable deseo. La mayor o menor posesión de dinero facilita lo que se acaba de mencionar, espectáculos de élite o de masas, vinos costosos o baratos, vestimentas de moda o vulgares, todo viene a ser lo mismo, la huida hacia el abismo. El campo vegetaliza a aquellos que poseen naturalezas vegetales al igual que la ciudad embrutece y degrada las naturalezas humanas que albergan estas mismas cualidades. Retirarse al campo y vivir en él no está reñido con el cultivo del espíritu, siempre que se tenga la intención de cultivarlo, de no ser así, el campo vegetaliza en la misma medida e intensidad que la ciudad embrutece. Finalizó sus palabras el amigo de João. Dirigiéndose a este último que se encontraba a su lado, le dijo que la compañía era muy grata pero que los jóvenes podrían tener deseos de visitar Sintra.

João asintió.

– Sugiero les dije, que esta tarde visiten Sintra, mañana les organizaré, sino tienen otros planes, desplazamientos por los alrededores que tienen gran atractivo, visitaremos también algún conocido cuya vivienda posee espléndidos jardines de los que estoy seguro que gozarán. No obstante, en Sintra en el café de la plaza situado cerca del palacio real, les esperará una persona que se pondrá a su servicio como guía. Es conocedor profundo de la historia local y social de Sintra. Además, es muy divertido escucharle un sinfín de curiosas anécdotas rayanas en el cotilleo social antiguo, pero que hábilmente relaciona con personajes de la realidad. No se preocupen por la hora de llegada, cenaremos cuando lleguen, dirigiéndose a Ana le preguntó con amabilidad, ¿nos preparas una buena cena como solo tú sabes hacerlo?

Ana respondió halagada,

– Por supuesto, estos jóvenes se merecen lo mejor de la casa, añadiendo, con la condición de que en los postres retomen la conversación en el punto que la han dejado, hay voces que todavía no he escuchado.

La persona que los esperaba los había reconocido de lejos, acostumbrados sus ojos al turista, sabía distinguirlos después de muchos años de experiencia en su trato. Se presentó estrechando la mano a todos ellos ceremoniosamente como suele hacerse en esta parte del país.

Primero los condujo al Palacio Real por tenerlo allí mismo, después los llevaría al Palacio do Mouro, el inconveniente de que estuviese cerrado lo había solucionado, lo visitarían privadamente fuera del horario turístico, para algo se tenían amigos, les dijo al tiempo que habría los brazos. Además, el Señor Gonçalves Martins ha sido mi protector, todo lo que venga de él para mí son órdenes.

Recorrieron el Palacio Real Castillo da Pena admirando las salas de las cocinas con las inmensas campanas de los hogares, en ellas podrían asarse enteros todo tipo de piezas de caza.

En automóvil ascendieron la empinada carretera que los llevaría hasta el Palacio do Mouro, los sorprendió su especial diseño y colorido, les pareció sacado de un dibujo de cuento de hadas para niños, lo que les hizo pensar en el infantilismo y esnobismo real de sus propietarios.

El guía fue desfilando por todas las estancias, acompañados por uno de los encargados penetraron en estancias vedadas al público, pudiendo observar de cerca objetos cotidianos del uso de la época, adobadas con las explicaciones y anécdotas del guía.

También les contó que su edificación y su decoración, tenían representados muchas simbologías Rosacruz y Masónicas, aunque les añadió, tanto João como su amigo cada vez que escuchaban decirlo, sonreían.

En una ocasión les pregunté por la condescendiente expresión de sus rostros.

João me contestó.

– La existencia de mitos, leyendas, anécdotas y cuentos enriquecen con variopintos sabores la arquitectura, aunque las piedras son complicadas de masticar serían de difícilísima digestión, en el supuesto que lograsen ser tragadas.

El amigo de João no pudo reprimir su risa añadiendo a lo que su amigo había dicho.

– El que se halle representado un león, no indica que hubiera allí leones. Contradice sin embargo mis palabras el dibujo de un muñeco representado en la puerta interior de un lugar público, indica el servicio o lugar para el alivio del cuerpo, de su materia sólida o líquida sobrante.

João, por su parte añadió.

– Si en dicha puerta en lugar del muñeco, se representan unos labios gruesos y sexis, indica que allí hay señoras, perdón corrijo, indica solo para señoras. Si en la puerta se representan unos gruesos bigotes, muy viriles ellos, indica que allí hay señores, perdón corrijo, indica solo para señores.

El guía continuó diciendo.

– Se reían de mí, se reían del palacio, se reían de todos nosotros, unas veces seriamente y otras sin disimulo alguno.

Finalizaron todos ellos, incluido el encargado, bebiendo un copo, como en ese país dicen, en el bar de la plaza principal de Sintra.

Anocheecía cuando Ana salió a recibirlos abriéndoles la puerta, se encontraban cansados y hambrientos. Ana les indicó que se asearan y que en media hora la cena estaría dispuesta. Antes de que subieran al piso superior les obsequió con unos pastelillos que devoraron como si no hubiesen comido durante dos días. Alabaron los pastelillos, pero más el amoroso comportamiento que Ana tenía con todos ellos.

Después de cenar opíparamente Ana recogió diligente la mesa, sirvió café y agua caliente para infusiones, hecho esto se sentó en el mismo sitio que había ocupado durante la comida a la espera de que se reanudase la conversación interrumpida.

João comenzó.

– Cumpliendo la condición que nos ha sido impuesta por Ana, añado que las ciudades en su remoto origen, surgieron en los cruces de caminos, cerca de los ríos y en la desembocadura de éstos si eran costeros. Primeramente, surgía una venta que haría la multifunción de tienda, hospedería, herrería y avituallamiento de animales, más tarde se

irían agregando sucesivas construcciones según fuese requiriendo la necesidad. En las desembocaduras de los ríos por estar protegidos de las tempestades marítimas eran unos estupendos emplazamientos máxime cuando el río podía ser navegable lo que motivaba que en tierras de interior surgiesen ciudades en sus márgenes. João se dirigió a su amigo preguntándole ¿estoy en lo cierto? Su amigo asintió y tomó la palabra.

– Si se fijan, normalmente cada 15 kilómetros hay un pueblo, cada 30 hay un pueblo mucho mayor, esto es debido a que en el primer caso es la distancia que se considera que podría realizar un hombre a pie, en el segundo caso es la distancia que podría realizarse con una montura o carruaje. El posterior desarrollo de estos lugares ha estado sujeto a diferentes vicisitudes posteriores. Mi amigo Reclús me había explicado admirablemente todo este proceso.

–Alba dio un respingo en el asiento. Reclús, ¿Eliseo Reclús, el geógrafo?, preguntó

– El mismo, le respondió con voz tranquila.

– El que escribió El hombre y la tierra, ¿el discípulo de Humboldt? Volvió a preguntar.

– El mismo, volvió a responderle con la misma entonación que lo había hecho en la respuesta anterior.

Si este hombre no miente habría vivido en el año 1870, como mínimo ahora tendría doscientos años de edad, su apariencia física se encuentra en los 60 años bien conservados, esto es imposible, es para volverse loca. Se dijo Alba a sí misma.

Los demás no se habían dado cuenta de las implicaciones de las palabras del amigo de João ni de las reflexiones de Alba.

– De lo que no hay duda, dijo Belén, es que la ciudad grande contiene ofertas culturales y espectáculos culturales que las ciudades pequeñas y pueblos no tienen. Cada persona puede asistir a estos acontecimientos con un talante diferente al de su vecino de asiento, creo que en ese punto es en donde radica la cuestión, el individuo. La cuestión social es otra cuestión.

– Es otra cuestión para analizar separada o indistintamente, pero van tan unidas que no pueden separarse la una de la otra. Le respondió el físico.

– No lo estoy negando, simplemente resaltaba que llegado al punto en que nos encontramos, la cuestión individual o el proceso de evolución mental del individuo es lo único válido para interpretar los acontecimientos exteriores. Me explicaré mejor, se puede asistir a una representación de una comedia teatral plagada de chascarrillos o a una pieza del mismo género, ingeniosa y crítica. La elección de una u otra es indicativa de la formación de la persona, como también lo es la intencionalidad con que esa misma persona asiste a la representación. Este mismo proceder mental y físico puede extenderse a todo lo que ocurra en la sociedad, bien sea en pueblos o ciudades grandes. Respondió Belén.

– Estás haciendo una diferencia entre espectáculo cultura que eleva el espíritu y el espectáculo diversión que lo atonta. El espectáculo es diversión pongámoslo en el orden que queramos. Alemania estaba considerada como la nación de la cultura, de la filosofía y de la música, sus cultas y aristocráticas elites cometieron atrocidades en la gran guerra repitiéndolas, pero esta vez incrementadas, en la segunda guerra mundial. Intelectuales, artistas y hombres de ciencia se sumaron activamente a esta ideología nacional socialista y no precisamente por temer ser represaliados. Matizó el físico con amabilidad.

– A lo que me refería es que yo misma puedo tomar un libro en mis manos para mi cultivo mental o hacerlo por aburrimiento, el primer caso tendría en mí una repercusión totalmente diferente al del segundo caso. Aburrirse quiere decir que me aburro y si me aburro es que me han crecido las orejas y en lugar de hablar acabaría rebuznando, ioo, ioo, ioo. Acabó Belén imitando el sonido de un asno.

El amigo de João que de su rostro serio únicamente se habían esbozado sonrisas, ante las apasionadas palabras de Belén y su última espontánea imitación soltó una estruendosa carcajada que como una ola en el mar se extendió por todos ellos.

Ana que siempre permanecía escuchando, observando, y siempre en silencio, todavía riéndose dijo.

– Para ser un asno habla muy bien.

Cuando se produce una situación de hilaridad contagiosa cualquier motivo por pequeño que fuese la prolonga y esto fue lo que ocurrió.

A la mañana siguiente cuando bajaron al comedor, Ana les sirvió un estupendo desayuno, huevos al baño maría, huevos revueltos con jamón cocido, quesos de clases diferentes, pan todavía caliente, mantequilla y mermeladas de diferentes clases elaboradas por ella, café y té. João y su amigo se levantan al despuntar el día, hacían unos ejercicios físicos, realizaban una caminata de una a dos horas, desayunaban, descansaban media hora y daban comienzo a su jornada de trabajo, interrumpidos por las comidas y por otro largo paseo poco antes del anochecer. Con frecuencia cenaban y volvían al trabajo hasta pasada la medianoche.

Ese día acompañó João a sus invitados, mostrándoles encantadores lugares desconocidos por el turista y poco conocidos por los propios habitantes de Sintra. El amigo de João se disculpó por no acompañarlos. Comieron en un pequeño restaurante de pueblo, aprovechando el tiempo para visitar otros lugares. Finalmente visitaron dos hermosas construcciones en quintas, cuyos propietarios conocidos de João insistieron en la invitación de bebidas refrescantes, invitación que aceptaron gustosos, en el último de ellos, un jardín primoroso les llenó de admiración.

Cuando se disponían a marcharse el propietario les advirtió que se había tomado la libertad de prepararles la cena dada la hora avanzada de la tarde. Regresaron cansados y plétóricos de sensaciones visuales. Antes de retirarse a sus habitaciones João les comunicó que, si les apetecía, acompañados por el mismo guía que les había mostrado Sintra, conocerían Cascais, Estoril, el Palacio de Queluz y otros lugares curiosos. Para ello saldrían después del desayuno, aprovecharían el día y cenarían finalmente una estupenda cena preparada por Ana.

Dirigidos por el guía como el capitán que conduce a su tropa, hicieron turismo.

Nada hay que destacar de ese día salvo que les gustó todo lo que vieron y sazonados con las historias y simpáticas anécdotas sobre los edificios, calles, familias y personajes de todo tipo, que el guía les contaba con el irreverente desparpajo que suele acompañar a un homosexual de maneras recatadas.

Ana volvió a recibirlos con pastelillos, pero esta vez diferentes a los anteriores, indicándoles que se asearan con calma para darle tiempo a finalizar la preparación de la cena.

La cena pareció una cena de celebración, Ana se esmeró con platos succulentos y una sopa, de la que todos estuvieron de acuerdo, era la más sabrosa que habían probado. El

postre consistía en una tarta tradicional de la familia de João, con sus muchas elaboraciones Ana había perfeccionado la receta convirtiéndola en un postre famoso entre los conocidos de la casa, algunos de ellos le pedían invitación a tomar café, llamando secretamente a Ana por teléfono, si podría prepararles la tarta. Los amigos de João siempre traían algún obsequio, obsequio que ella aceptaba con buen humor, y en correspondencia siempre les envolvía el sobrante para que lo llevasen.

Marta después de asearse se encontraba echada sobre la cama medio adormilada con pensamientos entre lo real y lo fantástico, recordando las agradables impresiones del día. Tuvo la sensación de que la estaban observando, permanecía con los ojos cerrados, se espabiló enseguida manteniendo sus sentidos alerta, pero permaneciendo en la misma actitud.

La sensación de sentirse observada era cada vez más intensa, por su mente desfilaron una serie de fílmicas posibilidades como las que había visto en el cine. Estancias secretas, pasillos ocultos, espejos transparentes o cuadros desde donde pudiesen vigilar sus movimientos.

La habitación era amplia y modernamente acondicionada, su decoración conservaba un cierto aire vintage, un bonito e íntimo escritorio con diversos y pequeños cajones le proporcionaba un intenso aire romántico. En este mueble Marta se había fijado desde la primera vez que entró en la habitación, sintiéndose extrañamente atraída por él, y sentándose, escribió en el papel que en él había, varias frases sin conexión alguna que poco a poco fueron adquiriendo forma de una carta amorosa. Sorprendida de este hecho la arrugo y prefirió guardarla, temiendo que la leyesen y se burlasen de ella, varias veces realizó impulsada por el gusto de estar ante aquel escritorio, el escribir algo, que siempre tenía por comienzo frases sin relación alguna entre sí, pero que poco a poco finalizaba en una tierna carta amorosa, todas las veces que lo hizo arrugó el papel guardándolo en la bolsa de viaje.

Mientras permanecía echada sobre la cama, la sensación de sentirse observada persistía hasta convertirse en intolerable, abrió los ojos decidida a mantener su ánimo sereno, desterrando fantasmagorías imaginativas de adolescentes. Al abrir los ojos su cuerpo se puso rígido. Ante sí se encontraba una mujer joven, aproximadamente de su edad, las facciones suaves de su rostro resaltaban por el contraste de sus cejas enmarcando unos bonitos ojos castaños, su cara era graciosamente atractiva, su figura esbelta y cubierta con un elegante y bonito vestido azul celeste, el pelo de color negro lo llevaba recogido en un artístico moño mostrando la frente despejada y un buen configurado óvalo de la cara.

La joven con el índice ante sus labios, indicándole que no se asustase, se dirigió hacia el escritorio al tiempo que con un gesto señalaba que se acercase y se dirigiese a él.

Marta se dio cuenta de que la joven no era real, era una aparición fantasmagórica, porque aquel cuerpo se deslizaba sin caminar desplazándose etéreamente sobre el suelo. Sintió temor, a punto estuvo de gritar, lo evitó la aparición que adivinando su intención y sonriéndole levantó su dedo índice de nuevo a los labios. Después volvió a hacerle señales de que se acercase al escritorio señalando uno de los pequeños cajones del mueble para que lo abriese, el pequeño cajón no tenía contenido alguno, la figura hizo gestos con la mano para que lo extrajese totalmente, la fina mano de la figura se introdujo en el hueco instantes después la retiró indicándole que lo hiciese ella y hurgase en el interior. Del fondo se desprendió una tapa ocultando un pequeño compartimento en el que los dedos de Marta cogieron varios pequeños papeles con notas escritas y una cinta con un hermoso camafeo. La figura le indicó que lo colgase del cuello, seguidamente hizo el ademán de

golpear varias veces sus manos como si aplaudiese. Imitó Marta el gesto produciendo el natural sonido de las palmas, energía sonora que la figura aprovechó para hacerse audible.

– Es tuyo, llévalo en la cena. La fantasmal aparición hizo un gesto con la mano de despedida y desapareció esfumándose en el aire.

Marta permaneció enmudecida, en vez de estar aterrada ocupaba su lugar una actitud de sosegada tranquilidad como pocas veces había sentido.

Leyó los papeles que contenía comunicados de amor y algunos versos rimados, la letra le pareció por sus rasgos, escrita por mano de hombre, el contenido iba dirigido a una mujer, por lo que dedujo que esos billetes fueron escritos para la mujer de la figura cuando aún estaba viva. Al finalizar este pensamiento exclamó. ¡Esto es una locura! Poco después, hablando en voz alta consigo misma, –lo cierto es que tengo esto en mis manos, locura o alucinación, tengo estos objetos conmigo y son reales. Su estado emocional relajado la hizo sonreír y expresar en voz alta –Allá se van al garete y de un solo manotazo toda la ciencia que me han hecho aprender y que he estudiado. Sí que tiene consistencia esta ciencia nuestra, barro por cimientos y decorativa terminología por construcción.

Se encontraban ya en la mesa esperando por Marta cuando apareció con el colgante en su cuello, el rostro de João empalideció de repente. Marta ocupó tranquilamente su lugar, João se acercó a ella, le pidió permiso para observar el camafeo.

– ¿Dónde ha adquirido este objeto?, preguntó con voz trémula una vez que estuvo sentado.

– En el escritorio de la habitación, ha sido todo muy extraño, no estoy segura de sí debo contarle.

– Por favor, se lo ruego, no omita detalle alguno, estoy muy interesado en lo que vaya a contar. Le dijo João con voz trémula.

Marta deslizó sus ojos por sus compañeros, en su mirada les decía esto es lo que ha sucedido, pero no estoy loca. Les narró lo que en su cuarto había sucedido.

El amigo tocó el brazo de João y este contempló la figura que se encontraba en la estancia, nadie excepto ellos dos la veían, se comunicaban no de manera verbal ni gestual. João le preguntó a Marta si podía mostrarle lo que había escrito y que guardaba en su bolsa de viaje, –no debe tener usted reparo alguno, yo soy el destinatario, usted no ha sido más que el transmisor, el espíritu que lo ha escrito es otra persona que ya no se encuentra entre nosotros.

Subieron ambos al piso superior, leyó primeramente las antiguas notas, después leyó las arrugadas hojas que Marta había guardado.

– ¿Puedo quedármelas?, preguntó.

– Por supuesto, respondió Marta.

– Ese camafeo le queda muy bien, supongo que le ha dicho que se lo quedase. Encargué reproducir en marfil y oro con fondo marrón un camafeo romano al más celebre orfebre de Lisboa. Puedo preguntarle donde se encontraban estos objetos.

A las explicaciones recibidas por Marta exclamó ¡Adorable chiquilla, jugaba con todos al igual que lo hacía con ella misma!

En la mesa la cena fue un tanto solemne, lo que no impidió que se comiese con buen apetito. Después del postre, João se sintió obligado a contar quien era la aparición que había visto Marta.

– Señores, comenzó hablando João, lo que ustedes como personas cultas y de formación científica conocen no es nada comparado con lo que les resta por conocer, es más me atrevería a afirmar, que todo lo que ustedes conocen es nada, y es nada porque es falso.

La joven aparición y yo estábamos enamorados, éramos familiares cercanos lo cual no estaba bien considerado, ni permitido, una relación amorosa entre nosotros. Estos inconvenientes fueron sorteados con el ingenio de la juventud y disimulada a duras penas nuestra relación, teniendo como único colaborador en nuestra empresa al jardinero de la casa, el cual me quería tanto que por mí haría lo que fuese necesario sin escatimar esfuerzos.

Acondicionó una cabaña donde guardaba sus instrumentos de trabajo convirtiéndola en un pequeño y romántico nido para nuestros encuentros amorosos, además de la limpieza del recinto, siempre ponía flores frescas en un jarroncillo.

Ella pasaba largas temporadas en la casa, la habitación que ocupaba era la misma en que se ha aparecido. Algunas noches la he visitado en ella, otras noches ha venido ella a la mía, esto lo hacíamos por travesura, sobre todo ella, que gustaba de reírse de todo aquello que le pudiesen prohibir. Puedo asegurarles que era endiabladamente divertida. Algunas veces mientras la casa estaba dormida, iba a la cocina y cambiaba las cosas de lugar, al día siguiente el desbarajuste para la cocinera era mayúsculo. La autora del desaguisado poniendo cara de asustada le preguntaba a mi madre sino había duendes en la casa, mi madre de natural supersticioso durante un tiempo estuvo creyendo que algo de eso podría haber, máxime cuando un día se fueron a meter en la cama y no pudieron hacerlo porque la sábana se encontraba plegada por la mitad. Otra vez cambió el azúcar por sal en los azucareros, ella lo disimuló echándose la sal en su café como todos los demás. Mi madre hizo venir a un sacerdote de la capital para que exorcizase y bendijese toda la casa habitación por habitación. El sacerdote después de hacerlo fue llamando a confesión uno por uno a todos, cuando llegó su turno a ella, antes de empezar la confesión, le dijo.

– He sido yo quien he hecho todas esas cosas.

– ¿Por qué lo has hecho hija mía? Le dijo conteniendo la risa el cura.

– Me aburro y entonces me divierto, no hice cosas tan graves como para merecer el infierno y estar metida en ollas de aceite hirviendo del bueno, se supone que, para ser servida después con patatas fritas en el mismo aceite que le daría mi saborete corporal.

El cura que era anciano y nada tonto se reía a mandíbula batiente, le hizo rezar una avemaría y un credo allí mismo como penitencia, mientras él no paraba de reírse.

Se delató, pero evitó la confesión y tener que contar algo peor por lo que el cura, quien sabe, en lugar de las oraciones le impondría por penitencia tres misas diarias durante diez años y un buen donativo económico en el cepillo de la iglesia en la que él era el jefe.

Por las mañanas la casa despertaba totalmente cuando ella lo hacía, canturreaba, se metía con el servicio, pellizcaba en el trasero a mi madre, si mi padre se había ido le telefoneaba a la fábrica para darle los buenos días y disimuladamente aprovechaba la ocasión para hablar conmigo. Por las tardes su carácter se tornaba en una alegría reposada, asistía en Lisboa a clases de inglés y francés, también asistía a clases de contabilidad y administración.

Una hepatitis fulminante, según diagnosticaron los médicos de entonces, la llevó de este mundo en menos de cuarenta y ocho horas. Todo había sido tan rápido que todos nosotros incluido el servicio tardó tiempo en asumirlo. Por mi parte, disimulaba durante

el día mi dolor ante mis padres, llorando amargamente en la cabaña, o dando rienda suelta a mi lengua dejándome consolar por la compañía y las palabras de mi amigo el jardinero. Las flores frescas en el jarrón las seguía poniendo a diario, hasta que un buen día me dijo, desde mañana esta cabaña volverá a ser lo que era, un almacén y tu volverás a dirigir la mirada hacia adelante, hacia el futuro, has vivido un pasado maravilloso, pero ya pasado y no puede condicionarte el presente ni el futuro, al menos de la manera que lo está haciendo. Recuerda bien mis palabras, al menos de la manera que lo está haciendo

Ninguna otra mujer ha vuelto a ocupar su lugar en mí, no por mantenerme apegado a su recuerdo, simplemente porque no lo he necesitado, he orientado mi energía además de a lo empresarial, por otros derroteros.

Con las últimas palabras de la narración, tanto Belén como Alba dirigieron su mirada hacia el colgante que Marta tenía aprisionado en una de sus manos mientras por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas.

La atmósfera se cubrió de cierta tristeza, en ese momento Ana se sentó con ellos a la mesa.

– ¿Qué ha pasado? Preguntó desconcertada.

– João ha contado una historia de amor que seguramente ya conocerás, que nos ha puesto algo melancólicos. Le respondió el químico.

Lanzó al aire una expresión mal sonante portuguesa.

– ¿Por qué no me habéis llamado? acabó preguntando enfadada.

– Si ya te habrán contado la historia Ana ¿Por qué habría de llamarte? Le dijo cariñosamente João.

– La razón es muy sencilla porque cada vez que la escucho me gusta más que la vez anterior, tu amigo el jardinero me la contó muchas veces, siempre acabábamos llorando, él menos que yo porque es hombre. Además, tú nunca la habías contado, así que me perdí lo mejor.

– Ana, Ana como eres.

– João, João, como eres. Le respondió imitándolo. Actitud que expulsó el aire de tristeza que se había generado.

– No quiero ser ni parecer indiscreto, pero ¿hacia que derroteros ha orientado sus energías para calmar ese amor y los futuros amores que pudiesen presentarse? Preguntó con interés el químico.

– Me introduje de lleno en los negocios familiares, desplegué tanta actividad que, viendo mi entusiasmo y efectividad, en los beneficios económicos, mi padre, en pocos años me dejó el control total de los negocios. A los que di otra proyección actualizándolos para adaptar la producción a las nuevas necesidades industriales.

Me interesé por la química, amplié el laboratorio de la empresa, al que doté de instrumental moderno y con personal adecuado, aprendí de ellos y con ellos.

La empresa y los negocios marchaban sobre ruedas, eran tiempos de bonanza, había seleccionado un buen personal ejecutivo y de trabajadores, puedo presumir que los mejor pagados y con mayores prerrogativas de todo Portugal.

En la factoría había un pequeño hospital para los trabajadores y sus familias, con un consultorio médico diario con atención pertinente de enfermería. Todas estas inversiones

estimulaban a los que componían la empresa, que a final de año producía mayores beneficios.

La química comenzó a perder interés para mí, no me nutría internamente, la veía como un conocimiento de aplicación industrial que bien utilizada políticamente podría contribuir y digo podría, a un real bienestar social. La manera en que se orientaba su estudio y la aplicación de las investigaciones negaban esa posibilidad. Al principio me absorbió, desplegué en ella entusiasmo y todo el tiempo de que podía disponer después de las funciones directivas. Patentamos y comercializamos aleaciones de gran éxito en el mercado internacional, todo salía de nuestra factoría.

Este desinterés era consciente que era únicamente personal, buscaba una proyección anímica que en la química ya no encontraba, ni ella me proporcionaba. Sin embargo, puso en mí el conocimiento básico para llamar a las fuentes del universo de la alquimia. Estudié con el mismo entusiasmo que anteriormente había hecho con la química, con la diferencia que hube de adquirir conocimientos de otras disciplinas, trabé amistad con alquimistas reconocidos que me orientaron en mis prácticas. El azar hizo que un día coincidiéramos en un remoto lugar de oriente medio, señaló con un movimiento de mano a su amigo, y desde ese día, del que hace ya muchos años, recibo como discípulo sus lecciones.

El químico por ser tema que entraba dentro del área de estudios al que había dedicado sus años académicos, insistió.

– La química y la alquimia tienen mucho en común, por lo que tengo entendido, los alquimistas fueron los predecesores de los actuales químicos.

El amigo de João permanecía en silencio con ojos soñadores, pero como si en lugar de ver el mundo exterior, contemplasen el mundo interior, era una mirada agradable al mismo tiempo que intranquilizadora porque hacía sentir a quien miraba, infantil.

– La alquimia como arte, continuó João, basa su conocimiento en el conocimiento de la materia grosera y en el conocimiento de su esencia, que siendo opuestos son inseparables una de la otra, tal vez tendría que explicarlo mejor, toda manifestación material es una manifestación de su esencia particular, que a su vez, es la manifestación de una única constante y permanente esencia. Esta comprensión está muy alejada de la química, la búsqueda alquímica la convierte en un arte superior con mucho de misticismo, de ahí que la adquisición de su conocimiento sea restringida. Es cierto que ha habido y hay personajes que se arrogan el nombre de alquimistas, incluso plasman ese título en sus tarjetas de visita. Personajes tales no pasan de ser pintorescos, que destacan más por sus palabras grandilocuentes y vestimentas estrafalarias que por otra cosa.

– Sin embargo, hay sustancias y métodos que fueron descubiertos por alquimistas, y muchos de ellas se siguen utilizando hoy en día, como, por ejemplo, la destilación, la transmutación nuclear, etc. Dijo el químico

– Hay mucho de cierto en eso, pero no lo es totalmente, el alquimista descubrió esas sustancias en el camino que recorría en su búsqueda, estos descubrimientos fueron aplicados posteriormente a la industria. Pero el alquimista ha buscado siempre otra cosa, exceptuando los sopladores de carbón que, en su obcecado afán de encontrar el procedimiento de transmutar el plomo en oro, acabaron víctimas de la ambición por no encontrarse ni a sí mismos. Los rudimentos alquímicos se adquieren del exterior, el conocimiento alquímico, por lo que he aprendido, y señaló a su amigo, se adquiere desde el interior. Creo que debes decirles algo a estos jóvenes le dijo a su amigo.

El amigo de João asintió moviendo la cabeza afirmativamente.

– A veces algún alquimista hace llegar a algunos investigadores de universidades cierta información por él sabida desde antiguo, para que estos investigadores lo saquen a la luz como descubrimientos novedosos. Esta sugerencia se realiza tras larga reflexión y con la aprobación de alquimistas mayores, cuyo número pueden contarse con los dedos de la mano y cuya existencia se ignora. El alquimista mayor ha penetrado en la esencia fusionándose con ella hasta el grado que la propia esencia le ha permitido. Un alquimista mayor no establece diferencia alguna entre física, química, biología, fisiología u otras de las muchas clasificaciones que comúnmente se hacen. Su conocimiento es todo uno y unísono, incluso temporalmente, su pensamiento en el lenguaje académico podría definirse como cuántico, añadiendo a lo de cuántico, interactivo. Me explicaré, un alquimista mayor posee un pensamiento cuántico actuante y por tanto creativo, limitado únicamente por los progresos que haya realizado en el conocimiento de su esencia particular en relación con la esencia pura. Terminó sus palabras dirigiéndose a João.

¿Qué opinas si les hacemos un obsequio a nuestros jóvenes amigos por habernos proporcionado una compañía tan agradable?, le preguntó dando un giro totalmente opuesto a la conversación.

– ¿Con sorpresa incluida? Preguntó a su vez João.

– Sorpresa incluida. Habrá de gustarles más que el obsequio.
